

bítero Cabrera, fué trasladado á Puebla, donde fueron tributados á aquellos venerables despojos los honores civiles y militares, debidos al que en vida prestó servicios tan eminentes á la patria y á la libertad.

Alatríste, educado en un medio favorable para el armónico desarrollo de sus facultades, fué un hombre física é intelectualmente vigoroso, moral y estéticamente predispuesto al bien y amante de lo bello en el arte y en la literatura. No tuvo, sin embargo, educación completa en lo relativo á la formación de su carácter. De inquebrantable energía siempre que se tra-

tó de principios políticos, fué débil con sus adversarios cuando creyó sacrificar su sola personalidad; pero ellos le castigaron cruelmente por esta deficiencia de su educación.

Mas en cambio supo sobreponerse á las preocupaciones de su época. Odió y combatió la tiranía bajo todas sus formas: la del sable, la del clero, y la más ominosa de todas, la del oscurantismo. Al sucumbir gloriosamente en la lucha, pudo repetir las propias palabras vertidas por él en un discurso patriótico: *¡Ciudadanos, la muerte no es un mal si se muere con gloria; morir es un deber si se muere por la patria!*

Zacatlán, Febrero de 1891.

ANGEL W. CABRERA.

MIGUEL LERDO DE TEJADA.

MUCHAS veces parece que hay ciertos hombres que han estado reservados para determinados acontecimientos, ó al contrario, que hay ciertos acontecimientos que se han desarrollado por la sola influencia de determinados hombres. La coincidencia, sin embargo, no tiene nada de misteriosa ni de sobrenatural, y ni hay una secreta voluntad que espere una época social para infundirla á ciertos seres, un espíritu *ad hoc*, ni tampoco hay una inteligencia eminentemente previsor, que aprovechándose de la visita terrenal de hombres superiores, decreta algo así como "ahora es tiempo" y arregle de tal modo las cosas, que sucedan inevitablemente. Nó; la coincidencia es una consecuencia de la progresión natural de la historia; el tiempo, hé aquí el gran factor. Pero no por inconsciente y ciego el tiempo es arbitrario. Ni es capaz de haber hecho una Reforma bajo el reinado del Conde de Gálvez, por ejemplo, ni de hacer que sea posible un Hernán Cortés en pleno siglo XIX.

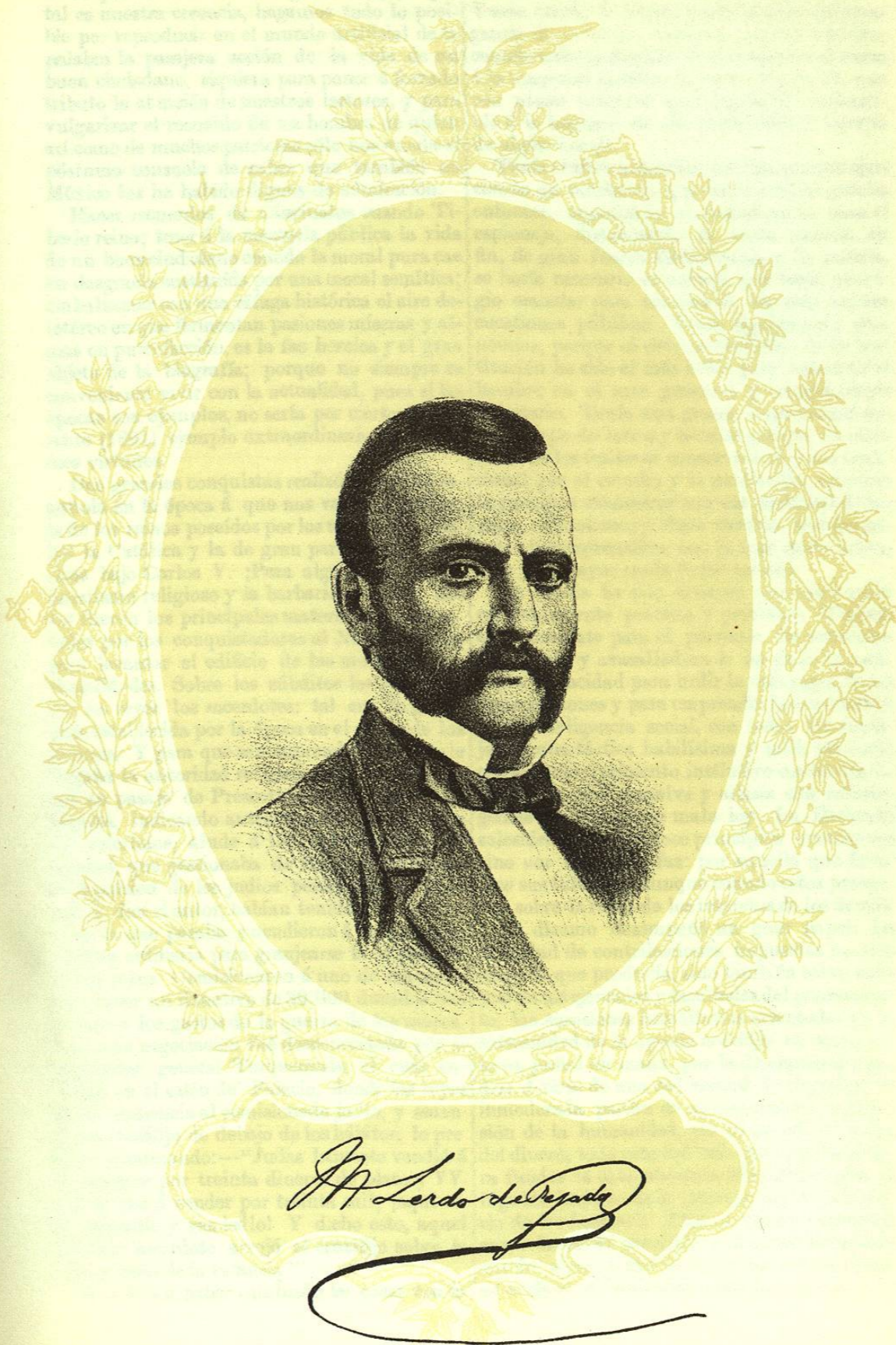
Después de una época de formación histórica en el seno, podríamos decir, de dos razas, llegó el doloroso instante del parto que dió á luz la nacionalidad mexicana, que ni es española ni indígena. Los once años de luchas conocidas de independencia no fueron sino los esfuerzos de un nuevo ser social que pedía vida propia y que procuraba la libertad impulsado por la indómita necesidad de vivir.

Después se han sucedido esos trágicos acontecimientos que no han sido otra cosa que la manifestación enérgica de nuestra individualidad, revelada contra sus mismas imperfecciones. Desde la Independencia á la fecha, hemos venido formando el carácter nacional. Grandes han sido nuestras fatigas y verdaderamente heroicos é impetuosos los primeros impulsos, porque nosotros somos de esa cuerda y no tenemos temperamento para hacer las cosas con esa lentitud que honra mucho á otras razas, pero que les es tan característico, tan íntimo, como íntimo y característico es en la familia nacional el pigmento moreno de nuestra piel.

Pero nuestra educación no está acabada aún, ni lo estará mientras haya frailes que pongan á contribución la ignorancia del creyente; mientras el clero aristocrático domine y subyugue al clero bajo; mientras las garantías constitucionales no pasen de ser platónicas promesas de una ley derogada en plena vigencia; mientras los ejercicios de la soberanía popular residan en una voluntad despótica y sólo sea la democracia una disposición latente de nuestra voluntad; en suma, mientras la ambición de la casta oficial y sacerdotal tenga para cortar mucho todavía de este *pañó*, que se llama ignorancia y apatía del pueblo.

Creemos que nunca se insistirá lo suficiente para señalar á los hombres que nos han causado tantos males, así como para recompensar

"Liberales Ilustres Mexicanos."



á los que nos han hecho algún bien, y ya que tal es nuestra creencia, hagamos todo lo posible por reproducir en el mundo artificial de la palabra la pasajera acción de la vida de un buen ciudadano, siquiera para poner á forzado tributo la atención de nuestros lectores, y para vulgarizar el recuerdo de un hombre de quien así como de muchos patriotas sólo nos queda el póstumo consuelo de saber que también en México los ha habido dignos de admiración.

Hacer recuerdos de Cincinatos cuando Tiberio reina; traer á la memoria pública la vida de un buen ciudadano cuando la moral pura cae en desgracia substituida por una moral semítica; embalsamar con una ráfaga histórica el aire de letéreo en que fermentan pasiones miserables y almas en putrefacción, es la faz heroica y el gran objeto de la biografía; porque no siempre es conveniente vivir con la actualidad, pues si las épocas son ejemplos, no sería por cierto la presente (1891) ejemplo extraordinario de sublimes virtudes.

Dos grandes conquistas realizó la corona española en la época á que nos vamos á referir: la de los reinos poseídos por los moros bajo Isabel la Católica y la de gran parte de las Américas bajo Carlos V. ¿Para algo ha servido el fanatismo religioso y la barbarie militar! Estos fueron los principales materiales trasplantados por los conquistadores al Nuevo Mundo para levantar el edificio de las modernas nacionalidades. Sobre los súbditos los reyes; sobre los reyes los sacerdotes; tal era la gerarquía establecida por la época en el orden de los poderes. Y para que se comprenda hasta dónde llegaba la autoridad religiosa, vamos á consignar un pasaje de Prescott sobre la historia de España, indicando antes que el pasaje á que nos referimos, alude á los esfuerzos del clero español, que gestionaba de SS. MM. católicas la expulsión de los judíos peninsulares. "Los judíos, dice el autor, habían tenido conocimiento de lo que pasaba, y acudieron á su poderosa política ordinaria para granjearse la protección de los reyes. Comisionaron á uno de los suyos para hacer un donativo de 30,000 ducados con destino á los gastos de la guerra de los moros. Pero esta negociación fué desconcertada por el Inquisidor general Torquemada, el cual entrando en el salón del Palacio, donde los reyes daban audiencia al comisionado judío, y sacando un crucifijo de debajo de los hábitos, lo presentó exclamando:—"Judás Iscariote vendió á su maestro por treinta dineros de plata y VV. AA. lo van á vender por treinta mil; ¡aquí está! ¡tomadlo y vendedlo! Y dicho esto, aquel frenético sacerdote arrojó el crucifijo sobre la mesa y salió de la estancia."

Poco deben haber cambiado las cosas con la

sucesión de Carlos V, el rey delirante que en Yuste murió á consecuencia de una extravagancia de su locura religiosa, y poco también, cuando todavía después de él vemos en el trono á la magestad fanática de aquel Felipe II, que con placer infernal aproximaba el combustible á la hoguera en que se abrasaba el cuerpo de algún hereje.

Tenía el clero autoridad política, porque ejerciendo un ministerio que tanto crédito gozaba entonces, organizado el confesionario para el espionaje, disponiendo de otros medios, en fin, de gran fuerza disciplinaria y de policía, se hacía necesario su consejo que tenía prestigio oracular para muchas de las más arduas cuestiones públicas. Tenía significación económica, porque el sistema rentístico de la institución ha sido el más hábil para convertir al hombre en el más generoso y complaciente tributario. Tenía una grande importancia como cuerpo de letras y ciencias porque, en efecto, entre los frailes se conservaba el gusto tradicional por el estudio y la meditación, así como lo podemos demostrar con esa multitud de legajos, mamotretos y obras escritas, aunque parece incomprendible, con la más santa intención y la mayor mala fe del mundo.

La Iglesia ha sido siempre una institución eminentemente práctica y previsora. Trabaja en el presente para el porvenir. Su tendencia absorbente y avasalladora le ha dado la suficiente capacidad para urdir la más sagaz de las organizaciones y para emprender la dominación de la inteligencia social, con todas las ventajas de una táctica habilísima y sutil, así como cierto encarnizamiento instintivo contra las dificultades, que resuelve y allana con estratagemas de buena ó de mala ley. La Hacienda eclesiástica no reconoce principios económicos sino por una sola faz: por aquella que favorece sus intereses, aunque cuando estos prosperen sobre la ruina de los intereses de los demás.

El diezmo desempeñó un gran papel. La multitud de contribuciones impuestas no sólo sobre lo que producía, sino también sobre cada uno de los ejercicios y facultades del pensamiento; las sucesiones hereditarias arrancadas en la solemnidad de la agonía crucifijo en mano, esto es, puñal en mano, por la desesperación podría decirse de una sed mental de riquezas; la inmoderada pasión de aproximarse á la posesión de la humanidad, por el interés y poder del dinero, todo esto fué más que suficiente para fundar la más absoluta autocracia sobre el lúgubre imperio de la ignorancia y la indigencia de los hombres. ¡Sólo en una consideración extraviaron su previsión y sensatez estos tiranos del alma, y fué en la de haber creído alguna vez que su dominación debía ser eterna. . . .!